



OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Revista

OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe · IEALC

ISSN 1853-2713

<https://publicaciones.sociales.uba.ar/observatoriolatinoamericano/>

Volumen 4 · Número 2 (julio-diciembre, 2020)

Del SARS-COV-2 a un virus social en América Latina

Pierre Salama

RECIBIDO: 27 de octubre de 2020

APROBADO: 15 de diciembre 2020

Del SARS-COV-2 a un virus social en América Latina¹

Pierra Salama
Universidad de la Sorbona - París Norte
psalama@wanadoo.fr

Resumen

América Latina sufre. No hay que soñar, la hecatombe no cesa de amplificarse: a principios del mes de octubre de 2020 Perú, Bolivia, Brasil, Ecuador, Chile, México y próximamente la Argentina tienen el triste privilegio de ser los países con mayor cantidad de fallecimientos por millón de habitantes en el mundo; junto con Bélgica, España y los Estados Unidos. El virus actúa sobre un cuerpo enfermo: enfermo de desigualdades de ingresos, enfermo de una insuficiente inversión en salud pública y de acceso desigual a los cuidados según los niveles de ingreso. La pandemia precipitó en los países latinoamericanos una crisis económica, social y en el futuro política. ¿Crisis económica? El PBI se desploma mientras que el crecimiento medio por habitante se sitúa desde hace ya cuarenta años apenas entre 1% y 2%. ¿Crisis social? La desocupación crece en forma desmesurada, los ingresos disminuyen fuertemente y la miseria que había sido levemente reducida durante la primera década del siglo vuelve a incrementarse significativamente. ¿Crisis política? Existen serios riesgos de un creciente debilitamiento. Los problemas de la democracia, por cierto, ya maltrecha en muchos países, ligados a la creciente influencia de los evangélicos. El virus está transformándose en un virus político. La historia aún está abierta, pero existen tendencias que actúan de forma subterránea y aparecen indicios que presagian convulsiones políticas. La aparición de un populismo de extrema derecha, o bien de un “liberalismo” constituye una amenaza real.

Palabras clave: *crisis económica — Sars CoV-2 — políticas sanitarias*

Abstract

Latin America suffers. Do not get excited, the hecatomb does not cease to amplify: at the beginning of October 2020 Peru, Bolivia, Brazil, Ecuador, Chile, Mexico and soon Argentina have the sad privilege of being the countries with the highest number of deaths per million of inhabitants in the world; along with Belgium, Spain and the United States. The virus acts on a sick body: sick with income inequalities, sick with insufficient investment in public health and unequal access to care according to income levels; sometimes sick of incoherence, or of the erratic nature of the policies to fight the pandemic promoted by the authorities, which in many cases has amplified the deadly effects. The pandemic precipitated an economic, social, and future political crisis in Latin American countries. Economic crisis? The GDP is collapsing while the average per capita growth has been between just 1% and 2% for forty years. Social crisis? Unemployment grows disproportionately, incomes decline sharply, and the misery that had been slightly reduced during the first decade of the century once again increases significantly. Political crisis? There are serious risks of a growing weakness. Those of democracy, by the way already battered in many countries, linked to the growing influence of evangelicals. The virus is turning into a political virus. The story is still open, but there are trends that operate underground and there are signs that herald political upheavals. The emergence of extreme right-wing populism or “illiberalism” constitutes a real threat.

Keywords: *economic crisis — Sars CoV-2*

¹ Este artículo, escrito durante los meses de marzo y junio de 2020, constituye un capítulo de un libro de próxima aparición que se titula Contagio viral, contagio económico y riesgos políticos en América Latina. El mismo será editado en forma conjunta por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). Agradecemos al Profesor Pierre Salama su generosidad al autorizar la publicación de este texto en la Revista OLAC.

Introducción

La pandemia no provocó la crisis económica que vive América Latina desde principios de 2020. La aceleró. En algunos países ya existía una crisis más o menos abierta, como en Venezuela, Argentina y, en menor medida, México. En otros países se produjo una desaceleración de la actividad económica, y en el Brasil una gran dificultad para recuperarse, aparte de un crecimiento modesto, tras la grave crisis de 2015-2016. Todos estos países se caracterizan por una tendencia al estancamiento económico a largo plazo. Es lo que hemos visto. A diferencia de las economías asiáticas, los efectos del SARS-CoV-2 se hacen sentir en países debilitados por decenios de lento crecimiento, desigualdad de ingresos y consiguiente pobreza, así como en las infraestructuras sanitarias, que en su mayoría son inadecuadas ante el brote de la pandemia de COVID-19. El factor exógeno que es la pandemia actúa sobre un tejido económico y social debilitado en América Latina, por lo que no bastará con que esta pandemia, este factor exógeno, desaparezca para que la situación anterior vuelva a todos los países, avanzados o no, y a fortiori en América Latina.

La pandemia, a través de medidas de confinamiento y el cierre de empresas que no son esenciales para la vida cotidiana, ha evidenciado las fallas de la hiperglobalización. El sistema económico actual colapsa por medio de efectos en cadena que se alimentan unos a otros. La incapacidad de abastecer aquí a los segmentos de la cadena de valor internacional (China, la primera afectada por la pandemia, el cierre de la mayoría de sus fábricas² y las consecuencias de confinar a la población que no trabaja en los sectores de la salud, la alimentación y el transporte), está provocando en otros lugares, en otros países, paros de producción más o menos importantes, un aumento del desempleo y, por tanto, una caída de la demanda que precipita una depresión económica en economías ya debilitadas.

I. ¿Qué políticas se han decidido implementar frente a las consecuencias sociales y económicas de la pandemia en América Latina?

a. El regreso del Estado nación

Los déficits públicos están aumentando considerablemente debido a la caída –a veces drástica– de los salarios públicos, vinculada a la magnitud de la crisis y, sobre todo, al aumento, a veces considerable, del gasto público.

² Con algunas excepciones: la fábrica de memorias de Wuhan siguió funcionando en medio de un período de contención y, más en general, la que produce circuitos integrados, aunque la demanda occidental se ha debilitado.

Estamos viendo un retorno del Estado nación por tres razones. La primera es social. La crisis tiene un costo humano considerable que está llevando a algunos Estados latinoamericanos a intervenir masivamente para aliviar el costo, con la notable excepción de México. Este es el caso de Perú, de Argentina y, en menor medida, de Brasil. En términos generales, y más particularmente en los países europeos avanzados, la pandemia está empujando a los gobiernos a intervenir masivamente en el sector de la salud, a pagar una parte a veces muy grande de los salarios de las empresas del sector privado que se ven obligadas a cesar temporalmente sus actividades, y a prestar ayuda directa a las personas más desamparadas. Solo el Estado parece estar en condiciones de responder.³ Como la caridad está lejos de poder prestar ayuda, el acceso a los hospitales privados, que son caros, no es posible o lo es apenas para una gran parte de la población latinoamericana.

La segunda razón es que esta pandemia revela el fracaso de la globalización como la conocemos, que ha impuesto sus reglas de juego en los últimos veinte años. Solo se necesitó una pandemia, de un empujón, para que el sistema económico actual colapsara por efectos en cadena que se alimentan unos a otros. Lo hemos visto.

La tercera razón es la contrapartida del fracaso de la globalización. Los efectos perjudiciales de la globalización exigen el retorno al proteccionismo, sin que quede claro si se trata del abandono total o parcial de la fragmentación internacional de la cadena de valor a nombre de la soberanía nacional. La cuestión a partir de ese momento es definir el rumbo, teniendo en cuenta los sectores a proteger y la producción a reubicar. Podemos ver que detrás de este punto están tanto la cuestión de los límites del mundo de la mercancía y su lógica de beneficio como la cuestión de una nueva definición de la frontera entre la mercancía y la no mercancía. Lo que está en juego es conocer los costos del sector de la no mercancía sin hacerlo como una restricción absoluta, y detrás de ello no solo están las relaciones entre el mercado y el Estado, sino también la capacidad del Estado de imponer normas más coercitivas, de las que el mercado se había eximido al hacerse internacional. Asimismo, es necesario el control estatal a través de la participación popular, acompañando al Parlamento, ya que el Estado no es ni *Deus ex machina* ni neutral, y con demasiada frecuencia es capaz de definir sus intervenciones en función de una lógica de preservación y de fortalecimiento de su propia burocracia. ¿La mayor intervención del Estado, su percibida incapacidad para frenar las consecuencias sociales de la crisis exige un mayor populismo en los países latinoamericanos? ¿Qué tipo de populismo podría ser: progresista porque es redistributivo; o de extrema derecha porque rechaza las minorías y busca reorientar la nación en términos de identidad y/o valores

³ Ver “Coronavirus Nationalism is a Side Effect of Coronavirus” (*Financial Times*, 2020, 24 de marzo).

religiosos?⁴ Las tendencias ya están presentes, pero es difícil descifrarlas. Por lo tanto, es necesario recordar lo que distinguió a los dos populismos en la década de 2000. Este es el propósito de la siguiente sección.

b. Las políticas de lucha contra el contagio suelen estar muy por debajo de lo que hubiera sido necesario, especialmente en México, Nicaragua y Venezuela

A veces son vacilantes, contradictorios, reflejando la oposición entre los gobernadores de los Estados y el presidente del Estado federal, los unos tratan de proteger a sus poblaciones confinándolas, cerrando fábricas que no son esenciales para la vida cotidiana, el otro, a nivel federal, minimizando las consecuencias sanitarias de la pandemia, moviliza sus tropas para oponerse a la contención y el cierre de empresas, hacen campaña por la vuelta al trabajo, aceptando a veces conceder ayuda a los pobres del sector informal durante un período de tiempo limitado, aplazan el pago de los gastos, facilitan el crédito a las empresas, etc. Es el caso de Brasil, pero también, en menor medida, de México que, si bien acepta el confinamiento decidido por las autoridades locales, las medidas de barrera, el presidente decide extender las empresas esenciales a las maquilas⁵ que producen para los Estados Unidos y, bajo la presión de este país, se niega a conceder ayudas a las empresas en nombre del sagrado principio del equilibrio presupuestario. Estas políticas son a veces voluntarias. Es el caso de Perú, que se ha comprometido a ayudar a las empresas esencialmente pero que, debido a que era demasiado tarde para adoptar medidas estrictas de contención y la incapacidad de imponerlas en los barrios más pobres, está experimentando una explosión de contaminación y muertes. Es el caso sobre todo de Argentina, que combina el apoyo a los trabajadores, que tienen empleos formales (alrededor de la mitad del total de empleos, tanto privados como públicos) y son afectados por el cierre o la parálisis de las empresas, con una “prohibición” de los despidos (los de la industria deben recibir el 75% de su salario neto), aumenta la ayuda a los más pobres (se trata de 7,8 millones de personas) ayuda que, además de las pensiones y la AUH (asignación universal por hijos), “subvenciona” casi el 60% de las empresas –algunas, evaluadas en un 20%, no cumplen los requisitos previos y el 17% son muy pequeñas– aplazando el pago de los cargos e impuestos, congelando las rentas, lo que en tiempos de alta inflación es importante. Sin embargo, a pesar de este amplio espectro, esta ayuda es

⁴ Esto no descarta políticas redistributivas de naturaleza principalmente clientelar.

⁵ Las empresas que exportan a los Estados Unidos ensamblaron productos de la industria automotriz, principalmente productos electrónicos, a los Estados Unidos.

insuficiente dada la magnitud de la crisis y el aumento del desempleo, la pobreza y la disminución de los ingresos laborales.

En términos generales, las políticas para combatir los efectos sociales y económicos del contagio del COVID-19 son de dos tipos: 1) medidas de “barrera”, lavado sistemático de manos y contención parcial (excluyendo a las personas que trabajan en sectores relacionados con la salud, la alimentación y el transporte); 2) políticas económicas anticíclicas para frenar el aumento de la crisis y reactivar la economía en el futuro.

Las primeras medidas están encontrando dificultades de aplicación en los barrios con los habitantes más desfavorecidos. En casos extremos, las casas no tienen agua potable o incluso corriente y por lo tanto es difícil lavarse las manos con regularidad; la densidad de población es muy alta y por lo tanto las medidas de “barrera” no son fáciles de aplicar; y, por último, como la mayoría de las personas que viven allí, en su mayoría, tienen trabajos informales y no están o están mal protegidos por el sistema de saneamiento, la contención se reduce a una elección entre Caribdis y Escila, ya sea morir de hambre dentro de la contención o aumentar enormemente la posibilidad de ser contaminado y contaminar el vecindario de camino al trabajo, a menos que el gobierno les dé más ayuda. Hemos visto que esto no es, por lejos, el caso en todas partes. El acceso a los hospitales públicos mal preparados para esta epidemia y el hacinamiento hacen que muchas personas pobres infectadas con el virus prefieran quedarse en casa o incluso morir en ella, lo que explica en parte la subestimación del número de muertes. Además, algunos presidentes –en Brasil, de manera caricaturesca– pero también muchos cultos evangélicos, cuya influencia es particularmente alta entre los más pobres y menos educados,⁶ hacen todo lo posible para oponerse al confinamiento impuesto por los gobernadores de los estados (en el caso de una federación) con el pretexto de que si se aplicara el confinamiento se produciría una crisis irreparable que produciría un número de muertes mayor que el producido por la pandemia.⁷ Ya lo hemos mencionado.

Al contrario de lo que se podría pensar, no es principalmente la diferenciación social la que explicaría por qué los pobres son los más vulnerables. Hay lugares en los que los pobres son importantes y la pandemia es débil. En primer lugar está la aparición del

⁶ Coincidimos con Thery (2020) que escribe: “¿Por qué una alta proporción de evangélicos sería un factor para aumentar el contagio? Debido a que muchos de ellos niegan la gravedad de la epidemia, continúan celebrando sus cultos pensando que la protección divina será suficiente para evitar que caigan enfermos. Son impulsados en esto por el presidente de la república, él mismo evangélico y víctima de una especie de ‘complejo milagroso’, que no cesa de restar importancia a la pandemia y a sus víctimas, sugiriendo que ‘Dios reconocerá a los suyos’”.

⁷ Este último argumento reaparece en los países avanzados, pero después de semanas de contención. También la propusieron quienes consideraban que la inmunización masiva (60% de la población) era contagiosa, olvidando el considerable número de muertes que causaría, razón por la cual fue abandonada en Gran Bretaña, los Países Bajos y parcial pero tímidamente por Trump en los Estados Unidos.

cluster, y dentro de estos *clusters* los pobres constituyen la población más vulnerable,⁸ luego las clases medias y en menor medida los más ricos.

Como dijo Jean de la Fontaine en su época en *Los animales enfermos de peste*: “Un mal que propaga el terror, mal que el Cielo en su furia inventó para castigar los crímenes de la tierra (...). No todos murieron, pero todos fueron golpeados (...), de manera desigual según el grado de riqueza y el acceso a los hospitales”.

c. La pandemia actúa sobre un “cuerpo enfermo”.

El cierre de empresas –salvo las necesarias para mantener el sistema sanitario y la alimentación– y las medidas de confinamiento decididas por los gobiernos para reducir la intensidad del contagio del SARS-CoV-2, provocan una crisis de una magnitud sin precedentes en el mundo: en todas partes la producción disminuye, el desempleo aumenta y los ingresos disminuyen, de manera desigual según los países. Después de llegar a los países del Lejano Oriente, luego a Europa y más tarde a los Estados Unidos, está llegando ahora a América Latina y quizás mañana a África.

La crisis está afectando profundamente a las economías latinoamericanas. La producción está disminuyendo, el comercio internacional se hunde, el desempleo aumenta y la informalidad laboral también, los ingresos disminuyen y la desigualdad de los ingresos, que ya es muy alta, aumenta.⁹ Pero la crisis ha recorrido un largo camino. La pandemia la

⁸ Coincidimos con Nora Lustig (2020, 27 de abril), especialista en desigualdades en América Latina que escribe en el *Financial Times*: “Los pobres son más susceptibles a las infecciones y a las altas tasas de mortalidad. ¿Cómo puede la gente lavarse las manos con seguridad en los barrios bajos?” o Hervé Théry (2020) quien, utilizando mapas anamórficos (mapas transformados según criterios estadísticos como la pobreza, el peso de las iglesias, etc.) concluye: “Es fácil entender cómo la pobreza es un factor agravante de la crisis, sobre todo porque este factor juega un papel en la mayoría de los países, tanto en América Latina como en América del Norte”.

⁹ Según Alicia Bárcena, Secretaria General de CEPAL: “La región ya había experimentado un pobre desempeño económico en los últimos siete años antes de la aparición del virus (...). La combinación de los bajos precios de los productos básicos, el colapso del mercado del petróleo, una fuerte caída de las remesas y el colapso del turismo ha hecho que se prevea que la pandemia dañará las economías de América Latina más que las de cualquier otra región en desarrollo. El FMI predijo este mes que el PIB del continente caería un 5,2% este año, una caída mucho más pronunciada que en el África subsahariana, el Oriente Medio o el sur de Asia. Las proyecciones de la CEPAL indican que la tasa de pobreza en América Latina y el Caribe alcanzará el 34,7% a finales de año, su nivel más alto desde 2007. Se prevé que el número de personas que viven en la pobreza extrema aumente en 16 millones, hasta alcanzar los 83 millones. América Latina ya es la región más desigual del mundo en términos de ingresos, y se espera un fuerte aumento de la pobreza solo meses después de que una ola de protestas callejeras contra la desigualdad y los sistemas inadecuados de salud, protección social y educación sacudieran a los países desde Colombia hasta Chile” (*Financial Times*, 2020, 27 de abril). O, en el boletín sobre la pandemia de la CEPAL, Alicia Bárcena hizo una declaración: “La pandemia provocada por COVID-19 ha puesto de manifiesto los problemas estructurales del modelo económico y las carencias de los sistemas de protección social y del estado de bienestar. Por ello, la vuelta a la normalidad no es el camino, hay que repensar el modelo de desarrollo y consolidar sus dimensiones económicas, sociales y ambientales de desarrollo sostenible, sin olvidar a nadie”.

está acrecentando, como veremos en algunos de los países más importantes de América Latina.

Entre 1980 y 2016, el crecimiento medio del PIB per cápita en Argentina fue de un 0,64% en promedio, cifra inferior al 1,4% observado en todos los demás países de América Latina (Coatz, García Díaz, Porta y Schteingart, 2018). La crisis comienza a mediados de 2018, de forma abrupta. En el primer trimestre de 2018, el crecimiento es del 4,1%, pero en el segundo trimestre baja al -3,8%, en parte debido a la sequía, luego en el tercer trimestre al -3,7%, en el cuarto trimestre al -6,2% y en el primer trimestre de 2019 al -5,7% según los datos oficiales del INDEC (Geres, 2019, junio). Así, incluso antes de que las consecuencias económicas de la pandemia se manifestaran, Argentina y Venezuela experimentaban una profunda crisis económica junto con una inflación que se ha vuelto más o menos incontrolable, especialmente en Venezuela.

El camino económico de México es paradójico. A pesar de su apertura externa, que se supone que impulsará su crecimiento según los expertos de las instituciones internacionales y muchos economistas convencionales, la tasa de crecimiento del PIB per cápita de México fue solo del 0,8% en promedio por año entre 1983 y 2017, muy inferior a la de los Estados Unidos en el mismo período. Por último, México entro en recesión a partir del 2019, y otros países experimentan una desaceleración de su actividad económica (Colombia, etc.).

Una tendencia de estancamiento económico del PIB per cápita ha caracterizado el crecimiento del Brasil desde los años noventa (véase el capítulo 2 infra). Más precisamente, según el IBGE, la tasa media de crecimiento del PIB per cápita por año fue de 0,96% entre 1980 y 1989, -0,13% entre 1990 y 1994, 0,66% entre 1995 y 1999, 1,93% entre 2000 y 2004, y ligeramente superior bajo la primera presidencia de Lula Da Silva (2003-2007), la segunda (2007-2011) y luego la presidencia de Rousseff (2011-2015), es decir, un promedio de 2,41% entre 2005 y 2009 y 2,29% entre 2010 y 2014. La crisis se intensificó entre 2015 y 2016, hasta el punto de ser la más grave desde la crisis de 1930, ya que la tasa de crecimiento cayó bruscamente: -3,8% en 2015 y -3,5% en 2016. La recuperación es, cuanto menos, lenta, y todas las previsiones de reanudación del crecimiento se contradicen con los hechos, a pesar de la reforma de las pensiones y las privatizaciones que se supone que van a impulsar el crecimiento: 1,3% en 2017 y 2018 y 1,1% en 2019, o sea cero per cápita, en contraste con la situación posterior a la recesión de 2009, que alcanzó un máximo del 10% en 2010. En total, el crecimiento per cápita entre 2015 y 2018 es de -1,89% por año. Brasil, tras una crisis muy pronunciada equivalente a la de los años treinta, muestra, así, una incapacidad para recuperarse.

Casi todos los países de América Latina han vuelto a sufrir limitaciones externas en los últimos años, con la caída de los precios de las materias primas y los volúmenes vendidos. La propagación mundial de la crisis actual y la fuerte caída de la demanda de los países asiáticos, que son grandes importadores de estas materias primas, están aumentando la presión ejercida por la restricción externa.

II. Primeras consecuencias económicas y sociales de la pandemia: un tsunami

La crisis de la pandemia se suma a otras crisis latentes o presentes. La mezcla es explosiva sobre todo cuando los gobiernos no han medido, o lo han hecho con retraso, la extensión del peligro y han minimizado los peligros (detenerse podría ser el remedio para la pandemia, dice el presidente de México, mientras el presidente de Brasil habla de una gripecita).

No todos los países concedieron la misma importancia a la salud, ni tampoco tuvieron la misma preocupación cuando se propagó la pandemia. Argentina, que sin duda está en crisis, es la que más gasta en salud y la que más atención presta a la pandemia; Brasil es también uno de los países que más gasta en salud, pero al presidente no le interesa la pandemia; México es el país de los tres últimos que menos gasta en salud pero que, aunque niega la importancia de la pandemia, le presta más atención que el Brasil. Según datos oficiales de finales de mayo de 2020, Brasil es el país más afectado, tanto en términos absolutos como relativos (por cada 100.000 habitantes), le sigue México, y Argentina es la menos afectada, aunque en algunas barriadas de los suburbios de Buenos Aires hay *clusters* importantes.

a. Un déficit sanitario más o menos pronunciado, desigualdades ante la muerte

* Casi todos los países de América Latina pagan un alto precio por el hecho de que el gasto en salud es muy insuficiente. El gasto total en salud público-privado en América Latina representa el 8,5% del PIB según la OCDE, porcentaje que en muchos países es muy insuficiente. Si se compara este gasto con el de los países de la OCDE, se observa que en 2014 el gasto sanitario público y privado será en promedio del 12,5%, con grandes disparidades: el 16,9% del PIB en los Estados Unidos, el 11,2% en Alemania y Francia, y el 5,5% en México. En América Latina, según datos de la OMC, retomados y comentados por

Cetrangolo y Goldschmit (2019), Uruguay, Argentina, Brasil,¹⁰ Ecuador, Costa Rica, Chile, Paraguay, Nicaragua y Honduras superan, en ese orden, el promedio latinoamericano del 7% (no ponderado por población). Todos los demás países están por debajo de este promedio, con México entre los últimos, por delante de Guatemala, Perú y Venezuela, este último con solo el 3,2% del PIB.

Los sistemas de salud pública están muy a menudo fragmentados según las empresas (empleados del petróleo, trabajadores del Estado, etc.) pero también según el Estado federal, los Estados federados, las grandes aglomeraciones. Esta fragmentación-descentralización puede aumentar la eficiencia del sistema de salud como en Alemania, pero también puede producir lo contrario, acentuando su ineficiencia y facilitando el aumento de la corrupción.

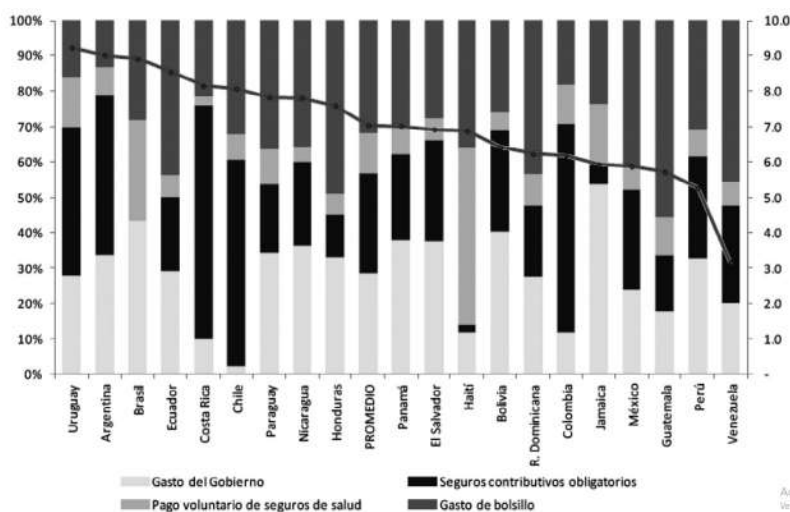
El gasto público en salud está compuesto por las contribuciones del Estado y las contribuciones obligatorias de los empleados. Los primeros son especialmente elevados en Uruguay (28% del total del gasto público y privado), un poco más del 30% en Argentina, 42% en Brasil, muy poco en Chile (alrededor del 2%), un poco menos del 25% en México (véase el gráfico a continuación). La proporción de cotizaciones obligatorias es más alta en Uruguay (40%) y Argentina (45%), particularmente alta en Costa Rica (67%), y ligeramente inferior en Chile y Colombia (59%), teniendo este último un gasto total en salud (público y privado) inferior al promedio latinoamericano. Uruguay, Argentina y Costa Rica tienen sistemas de salud que favorecen en gran medida el gasto público, el 70% en el primero, el 80% en el segundo y el 75% en el tercero. El gasto público representa el 60% del gasto total en Chile, el 70% en Bolivia y Colombia y el 50% en México.

Al analizar la división entre el gasto público y privado en salud, se observan grandes disparidades entre los países. En promedio, la proporción del gasto privado es grande, habiendo crecido en los últimos años a expensas del gasto público, es decir, de la solidaridad. Se trata de gastos que corresponden a contribuciones voluntarias a sistemas de salud privados, que dan acceso a hospitales y clínicas privadas y que complementan, o permiten complementar, la insuficiencia de los servicios públicos. Pero también son gastos privados que resultan del pago de honorarios por servicios de personas que no han

¹⁰ Los datos comparativos de los que disponemos son del 2014. Desde entonces la situación ha cambiado, particularmente en Brasil. Desde 2014, la financiación de la salud por parte del gobierno central se ha deteriorado considerablemente, las cargas sociales pagadas por las empresas en la nómina, así como las contribuciones obligatorias para financiar la salud, las pensiones, etc. han disminuido. En 2015 y 2016, el retiro del Estado del sistema de salud se acentuó aún más con la aprobación de una ley de limitación del gasto público ("*teto de gastos públicos*", en portugués), de modo que, ante la escasez de recursos, los municipios gastaron más para compensar un poco, entrando así en una crisis fiscal. Al final, en vísperas de la pandemia, el sistema de salud brasileño había sufrido mucho por estos sucesivos recortes y no estaba preparado para hacer frente a la pandemia.

contribuido y pueden pagar (“gasto de bolsillo”, es decir, pagar de su bolsillo). Esto último es particularmente importante en Guatemala (58% de todo el gasto público y privado), 48% en Honduras, 45% en Ecuador, 48% en Venezuela y 40% en México.

Gráfico 1. Nivel como porcentaje del PIB (intersección derecha) y estructura del gasto total en salud público y privado (intersección izquierda) en América Latina, 2014



Fuente: Cetrangolo y Goldschmit (2019, pág. 12), a partir de datos estadísticos de la OMS.

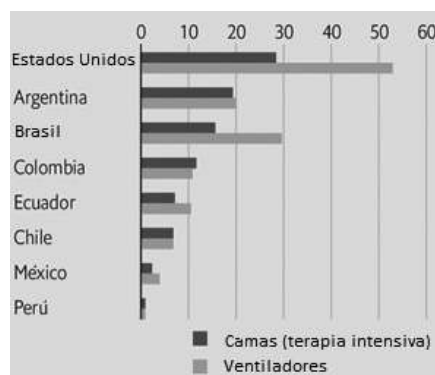
Para la importancia del gasto privado, su relativo aumento es un indicador del déficit de solidaridad del sistema de salud. Cuanto más grande es esta parte, menos solidaridad hay en el sistema. Cuando el gasto público y privado total como porcentaje del PIB es bajo y la proporción del gasto privado es alta, la solidaridad es muy baja.

Cuando comparamos el número de camas (terapia intensiva) cada 100.000 habitantes y el número de ventiladores en 2020, observamos que Brasil –con fuertes disparidades regionales– proporciona a sus pacientes un tercio menos de camas y 3/5 menos de ventiladores que los Estados Unidos. Argentina está ligeramente mejor equipada en número de camas de terapia intensiva, México está muy atrasado y el Perú está aún más atrasado, como puede verse en el gráfico siguiente (*The Economist*, 2020, 8 de abril).¹¹ Si

¹¹ Los países con más de 10 camas de hospital –tanto públicas como privadas– por cada mil habitantes (no las camas de terapia intensiva, conocidas como camas de resucitación) han tenido la menor tasa de mortalidad causada por la pandemia. Según la OCDE, en 2017 Corea del Sur tenía 12,7 camas por cada mil habitantes, Alemania 8, Francia 5,97, Estados Unidos 2,76, Chile 2, Brasil 1,95 camas, México 1,39. La distribución público-privada es interesante, el porcentaje de camas en los hospitales públicos sobre el total de camas públicas y privadas es de 10,2% en Corea del Sur, 40,8% en Alemania –aunque cabe señalar que los hospitales privados están obligados a prestar un servicio público universal–, 61,6% en Francia, 22,1% en Estados Unidos, 73,9% en Chile y 73,9% en México. Véase Cetrangolo y Goldschmit (2020, abril; *Alquímias económicas*). En los últimos diez años, Brasil ha eliminado entre 40.000 y 50.000 camas debido a la falta de recursos suficientes para mantenerlas (*O Globo*, 2020, 23 de marzo; véase también *Financial Times*, 2020, 13 de abril). Véanse, además, Barcena (2020) y Boletín CEPAL (2020, 3 de abril, pág. 21; para datos más completos por país).

añadimos que el 25% más rico de la población –las clases alta y media– tiene el mayor acceso al sistema de salud privado y que este último tiene aproximadamente la mitad de las camas de terapia intensiva y ventiladores, es comprensible que la situación sanitaria de la mayoría de la población sea particularmente vulnerable.

Gráfico 2. Camas (terapia intensiva) y ventiladores cada 100.000 habitantes



Fuente: *The Economist* (op. cit.).

La obesidad es una enfermedad de los tiempos modernos, afecta especialmente a los más pobres, mientras que a principios del siglo XX simbolizaba la riqueza, como pudimos ver en las películas de Eisenstein. La causa principal es la “mala comida”. Los pobres son cada vez más obesos en México, un poco menos en el Brasil, relativamente menos en la Argentina. También son obesos en los Estados Unidos y en Gran Bretaña. La obesidad suele estar asociada a la diabetes, la hipertensión arterial y los problemas cardiovasculares. Todas estas comorbilidades hacen que los pacientes que sufren del virus COVID-19 sean más vulnerables, ya que su tasa de mortalidad se vuelve alta.¹² Esto explica por qué los pobres son más vulnerables a la pandemia que otras categorías de la población. Pero este no es el único factor. Las condiciones de vida (acceso al agua; de promiscuidad; densidad de población en los barrios de marginales) también explican su mayor vulnerabilidad. El hecho de que se vean obligados a trabajar y a tomar el transporte público también aumenta el riesgo de contagio.

¹² En los países avanzados, son especialmente los ancianos los que corren un mayor riesgo de sucumbir a la pandemia porque sufren más que los jóvenes de diabetes, hipertensión, etc. En América Latina hay más jóvenes afectados. A fines de marzo, una cuarta parte de los pacientes hospitalizados en Río de Janeiro que sufrían la pandemia eran menores de 40 años.

Desigualdades frente a la pandemia

El confinamiento es casi siempre imposible de aplicar en los barrios más precarios y miserables por razones obvias: el hacinamiento dificulta el distanciamiento social, las condiciones sanitarias desastrosas dificultan enormemente el lavado de manos a menudo y, sobre todo, la informalidad y la pobreza combinadas hacen que el derecho al distanciamiento sea una abstracción, y que la elección es, de hecho, entre trabajar o morir de hambre.

En casos extremos, las casas no tienen agua potable o incluso corriente y, por lo tanto, es difícil lavarse las manos con regularidad, la densidad de población es muy alta y, por lo tanto, las medidas de “barrera” no son fáciles de aplicar y, por último, como la mayoría de las personas que viven allí suelen tener empleos informales y no están o están mal protegidas por el sistema sanitario, el confinamiento se reduce a una elección entre morir de hambre respetando el confinamiento o aumentar considerablemente la posibilidad de ser contaminado y contaminar el propio barrio mientras se va a trabajar. El acceso a hospitales públicos, superpoblados y mal preparados para esta epidemia empuja a muchos pobres infectados por el virus a preferir quedarse en casa o incluso morir allí, lo que explica en parte la subestimación del número de muertes. Como señalan varios sociólogos y médicos brasileños, los pacientes pobres morirán en casa o incluso morirán “en la puerta del hospital” (*O Globo*, 2020, 23 de marzo).

Además, existe la voluntad de ciertos presidentes –el de Brasil de manera caricaturesca– pero también de sectas evangélicas –cuya influencia es particularmente alta entre los más pobres y menos educados– de hacer todo lo posible para oponerse al confinamiento impuesto por los gobernadores de los estados (en el caso de una federación) o las autoridades locales, con el pretexto de que esta pandemia es solo una pequeña gripe y que si se aplicara el confinamiento conduciría a una crisis irreparable que produciría un número de muertes mayor que el producido por la pandemia.

Por lo tanto, es comprensible que la pandemia pueda afectar en particular a las personas más pobres, que no tienen más remedio que seguir viviendo en sus barrios marginales superpoblados e ir a trabajar, y que sufren toda la fuerza del contagio sin poder protegerse de él en gran medida, como ocurre en los barrios más acomodados donde viven las clases medias, que también se ven afectados, pero en menor medida. Tanto más cuanto que los presidentes suplican que no se haga nada, y las iglesias evangélicas, particularmente entre los más pobres, que, continuando sus servicios, predicán que la lucha contra la pandemia requiere un fortalecimiento de la fe y de las enseñanzas de la Biblia.

Las personas de bajos ingresos y las de clase media también están expuestas a la pandemia, pero en menor medida porque se alimentan mejor en general, tienen acceso al agua y pueden lavarse las manos, viven en espacios más grandes, algunos tienen acceso al teletrabajo o quedarse en casa.

* Cuando los gobiernos subestiman el peligro y no tienen políticas de prevención como el distanciamiento social, ni de prohibición como el confinamiento, no deciden pagar a los más pobres un ingreso mínimo o lo hacen de manera insuficiente; cuando los presidentes se oponen a sus ministros y abogan por el mantenimiento del nivel de actividad económica, burlándose de los que exageran la crisis sanitaria cuando la verdadera catástrofe sería la crisis económica; cuando las sectas religiosas, cada vez más influyentes, dicen que a través de la oración colectiva podremos repeler a Satanás, el caballo de Troya de la pandemia, entonces solo podemos ser pesimistas. Tal actitud designa como criminales a aquellos que se niegan a enfrentar esta pandemia y abogan por la reanudación inmediata del trabajo, cualquiera que sea el costo humano, sin siquiera esperar a que la pandemia disminuya su velocidad, para que el porcentaje de la población inmune llegue a un mínimo. Pero también es un momento que, por su escala, sus consecuencias desastrosas sobre ciertas categorías de la población, por la explotación política que pueden hacer de él los partidos y las iglesias, ya sea a través del sectarismo o del populismo, puede allanar el camino a los gobiernos de extrema derecha.

b. El primer y más insostenible efecto: el número de muertes

A finales de mayo, Brasil es oficialmente el quinto país del mundo en cuanto a número de muertes. México se está acercando al Brasil, Perú está experimentando un aumento del número de muertes. Oficialmente, porque extraoficialmente los datos son diferentes. Estos datos deben multiplicarse por dos o incluso por cuatro, por lo menos al inicio de la pandemia.

En efecto, el número de muertes se subestima no necesariamente por un claro deseo de ocultar el alcance de la crisis sanitaria, sino por desconocimiento de datos estadísticos. Los médicos, los periódicos como el *Financial Times* y los observadores que analizan el aumento de los funerales consideran que deberían multiplicarse por lo menos por cuatro, según el *Financial Times*, por varias razones. La información sobre las muertes en los hospitales tarda mucho tiempo en actualizarse por razones técnicas (debilidad del aparato estadístico) y/o por razones institucionales (diferentes niveles: municipal, estatal, federal). La información también es incompleta: muchas muertes no se registran porque ocurren

en los hogares o en pequeños hospitales que no tienen los medios suficientes para diagnosticar las causas de la muerte. Por último, los presidentes a veces tratan de reducir el número de muertes para legitimar su lucha contra los gobernadores, alcaldes, incluso sus propios ministros... y para justificar el regreso al trabajo, cualquiera que sea el costo humano.

c. Una crisis de magnitud sin precedentes que solo puede agravar la mortalidad directa e indirecta en Argentina, Brasil y México

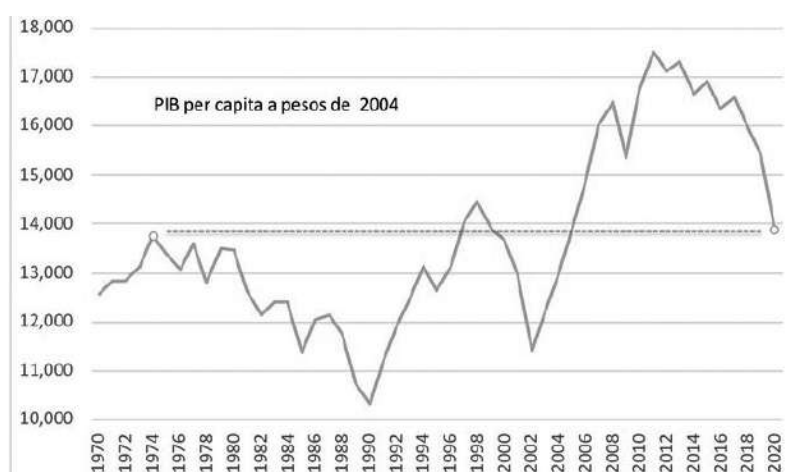
Centraremos nuestro análisis en los tres países latinoamericanos más importantes: Argentina, Brasil y México, con referencias a veces a otros países como Colombia, Chile o Perú. Estos tres países son diferentes, como hemos visto. Recordemos algunas características que los distinguen: México es el país más abierto y principalmente exporta productos industriales ensamblados. Argentina y Brasil exportan cada vez más (materias primas, el primero). Sin embargo, todos ellos tienen varios puntos en común: son profundamente desiguales tanto en la distribución de la riqueza como en la de los ingresos, un alto nivel de pobreza, una falta de respeto por el medio ambiente, etc., que constituyen lo que hemos llamado las ocho plagas de América Latina.

Los datos de que los disponemos son provisionales. Son en su mayoría optimistas, es decir, subestimados, y suelen ser refutados al mes siguiente. La crisis continúa. Es difícil saber cuándo terminará y si el crecimiento se reanudará en una pauta en forma de V, es decir, alta una vez que se alcance la depresión, con el crecimiento volviendo a su tendencia anterior, o en una pauta en forma de L, con una recuperación a corto plazo casi imposible. Esta segunda posibilidad es la más probable. Pero nadie sabe todavía si la caída y la depresión continuarán durante mucho tiempo o no, por varias razones: el tejido económico de los países latinoamericanos se debilita por la tendencia al estancamiento y la conjunción de las crisis, la duración de la pandemia y su gravedad, la recuperación de los países industrializados, y la recuperación y luego el mantenimiento de las exportaciones de materias primas a los países asiáticos.

Argentina hereda una situación de crisis abierta, tanto interna (caída del PIB, aumento de la pobreza y caída de los ingresos laborales) como externa (incapacidad para pagar la deuda dejada por la presidencia de Macri, 2015-2019). En 2019, la tasa de crecimiento del PIB de Argentina era de -2,2% según datos del INDEC. En su informe *World Economic Outlook* de abril de 2020, el FMI prevé un crecimiento negativo del -5,7%, mientras que el Ministerio de Economía es más pesimista y considera que el crecimiento debería ser del

-6,5%, cifra que podría empeorar aún más y acercarse al resultado de pesadilla del final del plan de convertibilidad en 2001. Esta crisis va acompañada de un creciente déficit presupuestario: los ingresos están disminuyendo por dos razones: la crisis y las medidas de aplazamiento o incluso anulación de los impuestos y de ciertas contribuciones a la seguridad social, por una parte, y el aumento de los gastos para apoyar a las familias y a las empresas tras las medidas adoptadas para limitar los efectos del empobrecimiento y los posibles fracasos empresariales debido a la contención y el cierre de una serie de empresas, por otra.

Gráfico 3. Argentina. PIB per cápita, 1970-2020 (en pesos constantes de 2004)*



Fuente: Rapetti en Twitter, a partir de datos del INDEC (2020).

* El PIB per cápita de 2020 es cercano al de 1974, 46 años perdidos.

Incluso antes de la aparición de la pandemia, la crisis en la industria (-8,6% entre abril de 2018 y abril de 2019; según el CEU-UIA, No 5) y en los servicios es responsable de la caída del crecimiento del PIB. La fuerte caída de los salarios, el empleo formal e informal y el aumento del desempleo no solo son las primeras consecuencias de la crisis, sino también de la política de austeridad decidida para restablecer la confianza en los mercados internacionales. Esta última, que deprime aún más la demanda interna, acentúa la crisis iniciada en abril de 2018, tanto más cuanto que la economía argentina es globalmente una de las más cerradas de América Latina.

La caída de los ingresos y el empleo y el aumento de la informalidad se aceleran con la crisis precipitada por el contagio del virus a pesar de las medidas de apoyo adoptadas. Así, el indicador mensual de actividad económica (EMAE) cayó un -11,5% (ajustado estacionalmente en un -9,8%) entre marzo de 2020 y marzo de 2019.

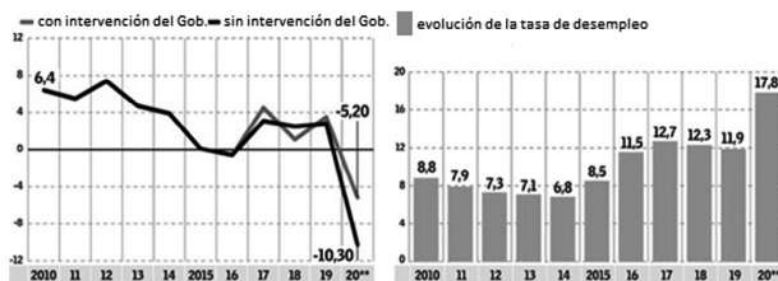
La tasa de inflación es muy alta: 56% de junio de 2018 a junio de 2019 e incluso si la tasa mensual cae ligeramente en junio de 2019, 3,4%, la tasa de inflación en el primer trimestre de 2019 es 15,6 puntos más alta que en el primer trimestre de 2018, en vísperas de la crisis. Si tomamos el índice 100 para 2012, el índice de inflación en dólares sube a 110 en mayo de 2017, a 60 en agosto de 2018 gracias a la muy fuerte devaluación, y sube a 74,7 en abril de 2019.

La informalidad de los trabajos está creciendo, con la búsqueda de trabajos informales de estricta supervivencia para aquellos que ayer tuvieron un trabajo formal, lo perdieron y no pueden sobrevivir con las ayudas al desempleo y demás ayudas estatales, y trabajos de estricta miseria para aquellos cuyo empleo informal no es suficiente para sobrevivir. En 2019, el empleo asalariado informal representaba el 25,8% de la fuerza de trabajo, los empleos –en su mayoría informales– de los trabajadores por cuenta propia ascendían al 26,6%, y los empleos formales al 47,7%, menos de la mitad según el Ministerio de Trabajo. A finales de 2019 la pobreza alcanzaba el 38,3% de la población, la indigencia (extrema pobreza) el 8,7% y la pobreza infantil –niños menores de 14 años– el 55,8%. Más de la mitad de los niños –los actores del futuro de Argentina– son pobres. Con los primeros efectos de la pandemia, las estimaciones de pobreza para abril de 2020 son del 45%, lo que se aproxima bastante a los datos de la gran crisis de 2001-2002. Por lo tanto, es comprensible que sea en los barrios precarios donde han aparecido los efectos de *cluster* de la pandemia: concentración de la miseria, concentración de la pandemia, a pesar de todas las medidas preventivas adoptadas pues son muy difíciles de aplicar en estos barrios donde el agua es escasa, la densidad de la población es elevada y la búsqueda de empleo a toda costa se considera una necesidad vital.

El Brasil no es una economía emergente. Ya lo hemos visto. El PIB per cápita del Brasil en relación con el de los Estados Unidos es aproximadamente el mismo en 2016 que en 1960, mientras que el PIB per cápita de Corea del Sur, que partía de una base más baja, cruza el del Brasil en 1990 y alcanza el 50% del de los Estados Unidos en 2016, según el Banco Mundial. Brasil experimentó una profunda crisis económica en 2015 y 2016 –la más importante desde la de los años treinta–, social –el desempleo aumentó bruscamente del 6% en 2014 al 11,9% en 2019; la pobreza extrema mudó del 9% de la población en 2014 al 13,88% en 2019; para el empleo informal, así como la desigualdad de ingresos, el Gini pasó de 0,526 en 2014 a 0,543 en 2019 según datos del IBGE– y política –Dilma Rousseff, presidenta reelegida fue despedida después de un golpe de Estado legal (a finales de agosto de 2016). Desde entonces, ya sea con el vicepresidente, que luego se convirtió en presidente, o con la llegada de Bolsonaro a la presidencia, el crecimiento sigue siendo muy modesto. Las consecuencias económicas del contagio del COVID-19 serán especialmente

importantes porque el tejido económico es frágil y está debilitado por las políticas económicas aplicadas. Ya los primeros datos apuntan a la magnitud de la actual crisis económica y social. El empleo formal está en caída libre desde abril de 2020 en la industria, el comercio y los servicios.

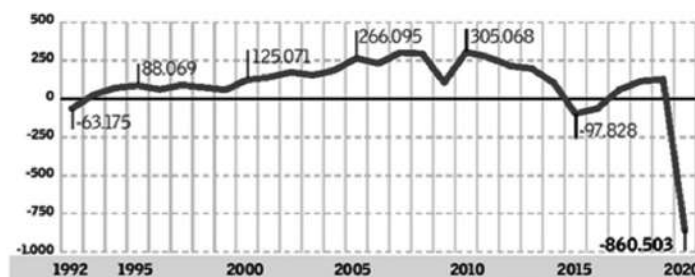
Gráfico 4. Brasil. Ingresos decrecientes. Trayectoria anual de los ingresos reales ampliados* según intervención del Gobierno, 2010-2020 (en %)



Fuente: IBGE, Ibre/FGV.

* Incluye los ingresos del FGTS, los subsidios de desempleo y las ayudas vinculadas al COVID-19.

Gráfico 5. Brasil. Mercado de trabajo, empleos formales, 1992-abril 2020



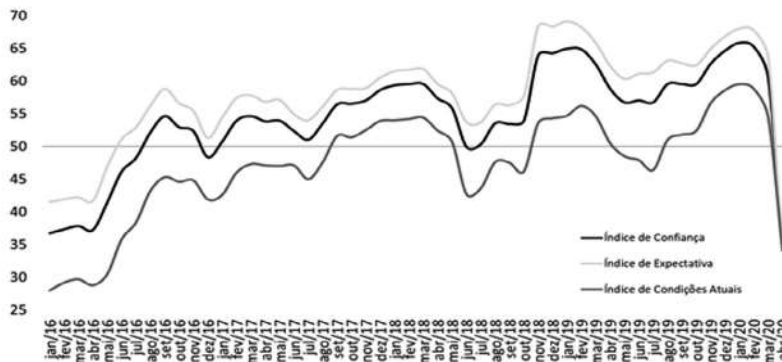
Fuente: Caged / Ministerio de Economía (2020). Las pérdidas de puestos de trabajo son sobre todo significativas en los servicios, el comercio y la industria, mucho menores en la construcción y marginales en la agricultura.

El crecimiento en 2020 será fuertemente negativo, según el FMI debería ser alrededor de -6%, según la Universidad Federal de Río debería ser de -11%. Según Ibre/FGV, Brasil debería ser uno de los países más afectados por la crisis después de Venezuela, Perú y México (*O Valor*, 2020, 2 de junio). La producción industrial cayó bruscamente: entre marzo y febrero de 2020 en un -9,1% (la producción de bienes de capital cayó en un -15,2%, la producción de bienes duraderos en un -23,5%). El movimiento se acelera en abril: la producción industrial cae en abril en un -32,2%, en comparación con el mes anterior. De hecho, solo la producción y las exportaciones agrícolas y ganaderas aumentaron

considerablemente. El Brasil se está beneficiando de las limitaciones impuestas por China a las importaciones de esos productos de los Estados Unidos como parte de la guerra comercial entre ambos países. Las exportaciones totales a China crecieron un 35,2% en mayo en comparación con el mes anterior (15% desde enero de 2020) y representan el 40% del total de las exportaciones, frente al 28,6% en 2019. Las exportaciones a todos los países de productos agrícolas y carne aumentaron en mayo en comparación con abril en un 51,1%, principalmente a China, mientras que las de la industria extractiva disminuyeron en un -26,5% y las de la industria de transformación en un -15,9% (*O Valor*, 2020, 2 de junio).

La capacidad de producción ociosa aumenta, el crecimiento del desempleo y la disminución de los ingresos pesan mucho sobre la demanda efectiva, y en una economía relativamente menos abierta, oscurecen aún más las perspectivas de crecimiento, como puede verse en el gráfico a continuación.

Gráfico 6. Brasil. Índices de confianza y expectativas en la industria de procesamiento del INC, enero 2016 - abril 2020



Fuente: Ibre/FGV (2020).

Por debajo de los 50 puntos hay una pérdida de confianza y una caída de las expectativas. Esta pérdida de confianza se refleja en las entradas netas negativas de las inversiones de cartera. Estos son más altos que en 2009 y se reflejan en una depreciación relativamente pronunciada de la moneda nacional frente al dólar durante el último año.¹³

Sin embargo, se espera que el desempleo aumente considerablemente en 2020. Como en muchos países, la estabilidad de la tasa de desempleo (11,48% a finales de marzo, según el Ministerio de Trabajo) no refleja el aumento previsto, esta paradoja se explica por la

¹³ Otros factores afectan al tipo de cambio, que pueden ser, en general, desconfianza en el dólar. Entre el 15 y el 27 de mayo el dólar se depreció frente al real en un 10,52%, frente al peso mexicano en un 7,46% y frente al euro en un 1,73%. Véase *O Valor* (2020, 28 de mayo).

disminución de la población económicamente activa debido al... confinamiento. La informalidad de los empleos sigue aumentando. El total de los ingresos procedentes del trabajo asalariado disminuyó en un -11,8% en el segundo trimestre de 2020 en comparación con el primer trimestre de 2020 (-12,6% para los “registrados” o empleos formales, -13,8% para los empleos informales y por cuenta propia, -34% para los empresarios asalariados formales y 0% para los empleados del sector público; según fuente Bradesco de las encuestas de la FGV y la FIPE), lo que provocará un aumento de la desigualdad de ingresos que ya es considerable. El empobrecimiento, en especial de los más pobres y vulnerables, paradójicamente, puede fortalecer el núcleo duro de quienes apoyan al presidente por dos razones: los más pobres, los que tienen un empleo en el sector no estructurado con poca o ninguna protección, necesitan trabajar a cualquier costo, incluso arriesgando sus vidas. El confinamiento no es eficaz, o lo es precariamente, en los barrios marginales donde el acceso al agua no está generalizado, donde la densidad de población es elevada (pocas viviendas de más de uno o dos pisos), donde los ingresos son insuficientes en caso de pérdida de empleo, de modo que la elección entre trabajar y arriesgar la vida por un lado y no trabajar y no poder alimentar a la familia por otro es dramática. Por lo tanto, se puede escuchar el llamado del presidente para que se ponga fin al confinamiento y la denuncia de los gobernantes que han decidido hacerlo. La distribución de los ingresos (unos cien euros) en condiciones de indigencia, aunque sea extremadamente modesta, también puede favorecer al presidente. Pero la ineficiencia de la política gubernamental y los errores del presidente también pueden desarrollar frustraciones que llevan a la pérdida de apoyos.¹⁴ Por el contrario, una política de ayuda a los más desfavorecidos (lo que se llama también en portugués “auxílio”) puede aumentar su popularidad y aumentar las contradicciones en su gobierno entre los más liberales y los intervencionistas.

Por último, México debería verse profundamente afectado por la crisis del COVID-19. Es más abierto que otros países latinoamericanos. Sus exportaciones se concentran en gran medida en los Estados Unidos y el Canadá, sus importaciones un poco menos, pero una parte creciente de esas importaciones procedentes de China se destinan, una vez procesadas, a ser vendidas a los Estados Unidos. A principios de abril, la OMC predijo que las exportaciones mexicanas caerían un 4,8% en 2020 y su PIB un 6,6%. Este pronóstico

¹⁴ Como señala el *Financial Times* (2020, 25 de mayo): “El populismo de Jair Bolsonaro está llevando a Brasil al desastre (...). Durante una visita que hice el año pasado, tuve una pequeña discusión con un importante financista sobre el paralelismo entre Donald Trump y Jair Bolsonaro. ‘Son muy parecidos’, dijo antes de agregar, ‘pero Bolsonaro es un mucho más estúpido (...) ambos se obsesionaron con las supuestas propiedades curativas de la droga de la malaria, la hidroxiclороquina, pero mientras que el Sr. Trump simplemente la tomó para sí, el Sr. Bolsonaro obligó a su ministro de salud a recomendarla a los pacientes infectados (...)’. El Sr. Bolsonaro es responsable de las respuestas caóticas que llevaron a la pérdida de control. Las muertes y el desempleo causados por el COVID-19 se ven exacerbados por las políticas del Sr. Bolsonaro. El desastre sanitario y económico podría crear un contexto para políticas hechas de miedo y de irracionalidades” (traducido por P. Salama).

optimista ha sido revisado a la baja desde entonces. Así, el Banco de México prevé una caída de la actividad del 14% en el segundo trimestre de 2020 y la continuación de la crisis en 2021, mientras que el BBVA prevé una caída del 12,8% del PIB en el segundo trimestre de 2020. Para todo el 2020, el Banco de México prevé una caída significativa del crecimiento del PIB, entre -4,6% y -8,8% dependiendo de la duración e importancia de la pandemia. Se espera que el PIB disminuya en un 5,8%. A finales de abril, la reducción del PIB se revisó a la baja y debería llegar al 9% según el grupo financiero Citibanamex (*El Economista*, 2020, 27 de abril).

Hasta febrero de 2020, las exportaciones mexicanas a los Estados Unidos aumentaron. Con las medidas de confinamiento adoptadas y el cierre de muchas empresas, han disminuido. De hecho, observamos un colapso de las exportaciones mexicanas en abril en comparación con marzo de 2020: -40,9 %. Limitada solo a las exportaciones no petroleras, esta caída es de -39.4% y en datos ajustados (estacionarios), la caída es un poco menos fuerte: -37.6% y -37.54%, respectivamente según el INEGI.

Ante esta caída de las exportaciones, especialmente de las maquiladoras, la administración estadounidense está presionando al gobierno mexicano para que las empresas que exportan a los Estados Unidos vuelvan a trabajar –en el momento en que el país está en el pico del contagio– y suministran productos semimanufacturados a las empresas mexicanas. Las empresas mexicanas se han vuelto muy vulnerables a las decisiones de protección adoptadas por México, que se convirtió en el principal socio de los Estados Unidos en el primer trimestre de 2020, justo por delante del Canadá y China, por mucho tiempo. Además, en la segunda quincena de mayo, el gobierno declaró que la industria automotriz, así como varias maquiladoras, son industrias “esenciales” y permitió la vuelta al trabajo, cediendo a la presión de su vecino del norte, mientras que las demás empresas deberán reanudar gradualmente sus actividades a partir del 1 de junio, a pesar de que la pandemia, lejos de ser “domesticada” según las palabras de López Obrador, está causando un número impresionante de muertes cada día (*Financial Times*, 2020, 28 de mayo) y que el 52% de los mexicanos considera que la situación sigue estando fuera de control al 28 de mayo.

Incluso antes del colapso del comercio y la producción debido a la pandemia, México acababa de entrar en recesión. Su tejido industrial –aparte de su producción para la exportación– está debilitado por una larga fase de letargo económico. Estos tres factores combinados apuntan a una profunda crisis, así como el diagnóstico de la OECD. Esta crisis más importante ya que las medidas anticíclicas adoptadas por el Gobierno (subestimación de la pandemia, pequeño aumento del gasto público y aplazamiento de los impuestos y

las tasas modestas, negativa a aumentar significativamente el déficit público con el pretexto de que la crisis económica causaría más daños en términos humanos que la pandemia) se consideran en gran medida insuficientes para frenar la caída de la producción, el aumento del desempleo y la disminución de los ingresos laborales. Como escribe Moreno-Brid (2020, 23 de mayo): “Diría que insistir en un presupuesto equilibrado hoy en día, en las condiciones que estamos experimentando de un choque exógeno, el más extraordinario que haya experimentado el mundo, la globalización y México en décadas, es irresponsable. Está empujando al país al borde y profundizando la recesión, haciéndola lo más prolongada posible, lo que actuará brutalmente contra los pobres. Este es el remedio más incorrecto posible”.

Conclusión

Los efectos perjudiciales de la globalización exigen el retorno al proteccionismo, sin que quede claro si se trata del abandono total o parcial de la ruptura internacional de la cadena de valor, o parcial en nombre de la soberanía nacional, y el retorno del Estado, más allá de sus funciones regias, al sector productivo. La cuestión a partir de ese momento es definir el rumbo, teniendo en cuenta los sectores a proteger y las producciones a relocalizar. Podemos ver que detrás de esta cuestión está tanto la cuestión de los límites del comerciante y su lógica de beneficio, como la cuestión de una nueva definición de la frontera entre lo comercial y lo no comercial.

Sin embargo, el agravamiento de la crisis económica podría frenar más o menos esta evolución. El aumento de poder de las corrientes evangélicas, la relativa incapacidad de los gobiernos para superar los problemas planteados por esta crisis y la pandemia, que ciertamente difiere según los países analizados, la llegada al poder de corrientes “antiliberales al estilo húngaro”, o incluso de nuevas dictaduras militares, en forma de populismo de extrema derecha, no son inevitables. Los evangélicos, a pesar de los valores muy conservadores a los que adhieren, no todos forman parte de un ejército en las sombras de la extrema derecha, pero su presencia y creciente influencia son amenazantes (ver Salama, 2020).

Bibliografía

- Bárcena A., (2020). Coyuntura, escenarios y proyecciones hasta 2030 ante la presente crisis de Covid -19. CEPAL: 1-65.
- Cetrangolo O et Goldschmit A., (2019). Necesidades de regulación del sector privado en salud en América Latina, *Documentos de trabajo del IIEP UBA*, n°40, 1-26
- Cetrangolo O. et Goldschmit A., (2020). Blog *AlquimiasEconomicas*.
- Coatz D., García Díaz F., Porta F. y Schteingart D. (2018). "Incentivos y trayectorias de cambio estructural", en Mercado R., (2018). *Ensayos sobre desarrollo sostenible, la dimensión económica de la agenda 2030 en Argentina*, PNUD.
- El Economista, 27 de abril de 2020
- Financial Times, 24 de marzo de 2020, "Nationalism is a side effect of coronavirus".
- Financial Times, 13 de abril de 2020
- Financial Times del 27 de abril de 2020
- Financial Times del 25 de mayo de 2020
- Financial Times 28 de mayo de 2020
- Moreno Brid J.C, Monroye-Gomez-Franco L.A, Salat I. et Sanchez-Gomez J., (2019). La evolución de los salarios ; causa y reflejo de la desigualdad en México. In Barquera Ibarra A. et Cordera Campos R. (coordinateurs), 2019, *América Latina frente a la hora de la igualdad: avances, retrocesos y desafíos*, Cepal – Unam: 47-67.
- O Globo 23 de marzo de 2020
- O Valor del 28 de mayo de 2020
- O Valor del 2 de junio de 2020
- The Economist, 8 de abril de 2020
- Théry H., (2020). Covid-19 au Brésil: aggravation, scénarios et risques, in *Institut des Amériques et i- Globes*, disponible sur le net in <https://www.autresbresils.net/Covid-19-au-Bresil-aggravants-scenarios-et-risques>
- World Economic Outlook de abril del 2020
- Salama P, (2020). "Contagion virale, contagion économique, risques politiques en Amérique latine". In *Les Possibles. Caderno do desenvolvimento*, 2020.